

DOMINGO QUINTO DE PASCUA

Lectura del santo Evangelio según San Juan

Cuando salió Judas del cenáculo, dijo Jesús: - Ahora es glorificado el Hijo del hombre y Dios es glorificado en él (si Dios es glorificado en él, también Dios lo glorificará en sí mismo: pronto lo glorificará).

Hijos míos, me queda poco de estar con vosotros.

Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros.

Palabra del Señor

Homilías

(A)

Cuenta la leyenda que una madre, con su hijo en brazos, llegó a la montaña. El camino desembocaba en una cueva misteriosa, que estaba o había sido habitada. Una puerta giratoria cerraba el paso. A aquella hora estaba entreabierta. La madre empujó y vio que en el suelo había montones de monedas de oro que brillaban. Rápidamente dejó el niño en el suelo, se abalanzó sobre el oro y comenzó a llenar las manos, los bolsillos y la falda. Una voz se dejaba sentir: «No olvides lo más precioso».

Pero la madre no tenía tiempo para escuchar. Y teniendo miedo de que la puerta se cerrara salió cargada de oro. La misma voz se dejaba oír: «No olvides lo más precioso».

Luego volveré -pensó- cuando haya ocultado entre los árboles y malezas este tesoro.

Cuando volvió, vio que la puerta estaba totalmente cerrada. Se abalanzó sobre ella, empujó, arañó. La puerta no se abría. Dentro lloraba el niño. Aquella mujer había perdido el mejor tesoro de

una madre: el hijo. Pues bien; un día entramos nosotros por la puerta misteriosa de la vida. Ante nosotros brillan las vanidades de la tierra: ciencia, fama, dinero, fiestas, placeres... Y nos abalanzamos a coger lo que creemos que va a hacernos felices. Nos damos prisa porque la vida es breve. Pero Dios nos dice a todos: «No olvides lo más precioso».

Muchos -¡y somos muchos...!- no hacemos caso. No queremos prestar atención a esos avisos de Dios: llamadas que se suceden por medio de nuestra conciencia, fracasos, muertes repentinas, desilusión, consejos de amigos, sermones. ¡Tantas y tantas llamadas!

Sólo pensamos en lo de aquí, en lo que tenemos delante, en lo que brilla: ganar dinero..., hacernos famosos..., conseguir el poder..., divertirnos a fondo..., salirme con la mía...

Y cuando más entretenidos estamos en nuestro afán desmedido se cierra la puerta de la vida y nos encontramos con la verdadera realidad. Tal vez tengamos en este mundo mucho dinero, tal vez tengamos fama o poder, tal vez hayamos disfrutado mucho; pero nos hemos olvidado de lo más precioso, que es el amarnos de verdad. Y, en resumidas cuentas, para la eternidad no llevamos nada.

Sólo llevaremos lo que seamos como personas. Para que nos amemos de verdad Cristo se nos presenta como modelo a imitar diciéndonos: «Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros; como yo os he amado, amaos también entre vosotros. La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os améis unos a otros».

Estas palabras nos las dirigió Jesús poco antes de morir para que nos quedaran muy bien grabadas en la memoria, ya que las palabras que más recordamos de nuestros seres queridos son las que nos dirigen poco antes de morir.

Todos podemos amar, los niños y los grandes, los pobres y los ricos, los sanos y los enfermos. Fijaos bien: a un hombre pueden privarle de todo menos de una cosa, de su capacidad de amar. Un hombre puede sufrir un accidente y no poder volver ya nunca

a andar, pero no hay accidente alguno que nos impida amar. Un enfermo mantiene entera su capacidad de amar: puede amar el paralítico, el moribundo, el condenado a muerte. Amar es una capacidad inseparable del alma humana, algo que conserva siempre incluso el más miserable de los hombres.

La señal por la que la gente conocerá que somos buenos cristianos no es el que estemos bautizados ni el que vengamos mucho a la iglesia, sino en que nos amemos unos a otros como Cristo nos amó. Esforcémonos, pues, en imitar a Cristo y vendrá para nosotros un mundo en donde no habrá más lágrimas en nuestros ojos, ni muerte, ni luto, ni llanto, ni dolor, y en donde participaremos de la gloria de Dios para siempre.

(B)

(1) El Evangelio nos presenta “el amor a los demás” como lo más importante del Mensaje de Jesús; como la principal característica por la que debemos distinguarnos los cristianos.

- El Evangelio nos presenta “el amor al prójimo” como la “línea” que separa a quienes están con Jesús de quienes se encuentran lejos de Él.
- Las palabras de Jesús son tajantes: “Si os amáis, seréis mis discípulos”. Por consiguiente, podemos afirmar lo contrario: “El que no ama no es discípulo de Jesús”.
- En otros muchos pasajes de la Biblia, se nos plantea lo mismo a los cristianos:
 - a) “Si Dios nos ha amado tanto, también nosotros debemos amarnos unos a otros”.
 - b) “Lo que hagáis a uno de vuestros semejantes, a mí me lo hacéis”.
 - c) “Quien no ama, no ha conocido a Dios”
 - d) “¿Cómo puede amar a Dios quien no ama a su hermano?”

(2) *¿Y cómo es el amor que Cristo nos propone?*

¿Qué características debe tener el amor cristiano?

- a) *Universal*: No se trata de amar solamente a los nuestros (familia, amigos, cultura, religión, clase social, nación...). Nuestro amor cristiano tiene que ser universal, es decir: además de amar a los nuestros, tenemos que amar también a los que tienen otra cultura; a los que pertenecen a otras religiones; a los que son de otra raza o nación.
- b) *Gratuito*: Vivimos en una sociedad utilitarista, cuya pregunta siempre es: ¿Para qué sirve?. Y en la medida en que una cosa nos sirve la valoramos y la amamos. Frente a ese amor comercial con que nos movemos en la vida, Jesús nos habla de un amor “gratuito”; a fondo perdido; sin esperar nada; desinteresado, como fue el amor de Jesús.
- c) *Eficaz*: No quedarnos solamente en palabras, deseos o buenas intenciones. Con eso no se soluciona nada. Nuestro amor ha de ser “eficaz”: que solucione los problemas, que ayude a las personas.

(C)

En el discurso de despedida, en un contexto de complot, traición y tinieblas. Jesús deja a sus amigos un mandamiento: el mandamiento del amor.

Este mandamiento tiene unas características:

- Es nuevo
- Y constituye un signo distintivo del cristiano.

El amor, tiene siempre un carácter de novedad. Es más, es la verdadera novedad.

El odio, la venganza, la violencia, la indiferencia, el egoísmo: son todas cosas viejas, pasadas de moda, demasiado vistas entre nosotros y no constituyen ninguna novedad, sino más bien algo que habitualmente se da entre nosotros. Son cosas, además, que nos hacen envejecer y hacen envejecer al mundo. Son noticias

requetesabidas, acciones repetidas por todos una y otra vez, y que ni nos hacen progresar a nosotros, ni hacen progresar al mundo.

El amor constituye, sin duda alguna, una novedad, “lo nunca visto”, que determina el verdadero progreso, tanto de las personas como de los pueblos.

Y, por otra parte, nos dice el evangelio de hoy, que el amor ha de ser como el carnet de identidad del cristiano. Por lo que se le ha de reconocer..

El cristiano, desde Jesús, posee un signo característico fundamental. No es un observante, uno que va a la iglesia, uno que da limosnas o uno que recita el credo. Es esencialmente uno que AMA.

La caridad se convierte en la palabra clave, definitiva del lenguaje cristiano, un lenguaje ,que sin esta palabra, sería indescifrable.

Sin la presencia del amor, todo el restante vocabulario cristiano no tiene valor ni significado.

“Podría yo hablar las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor no soy más que un metal que resuena”. La caridad es el mensaje fundamental que el cristiano debe transmitir, durante la jornada. Faltando ese mensaje, aunque uno haya hablado el día entero, no ha dicho nada.

La verdad del cristiano es amar.

El cristiano es, esencialmente, alguien que cree en el amor.

Y creer en el amor significa creer también en la fuerza del amor.

Significa, estar convencidos de que:

- amando se tiene razón
- amando se triunfa
- se enseña, amando.
- se saca a una persona a flote, amándola.

“Tú no eres nadie, mientras nadie te ama”, dice una canción.

El amor no puede ser un sentimiento vago o una buena intención, nada más; debe ser, algo reconocible, legible, visible.

A veces, decimos: “Amo a determinada persona”. Y podemos pecar de hipocresía. Porque es la persona interesada la que debe SENTIR, que es amada por ti.

Un grupo joven ha adoptado este slogan que me parece muy significativo: “Cada hombre es tu hermano. Pero tu hermano no lo sabe... Tienes que informarle. Se lo tienes que hacer entender con los hechos”.

En esta perspectiva, un amor manifestado con los hechos, permite reconocer al cristiano a través del descubrimiento, la experiencia que uno hace de ser amado.

Dos pensamientos a recordar de este Evangelio:

- Que el amor es una novedad, que hemos de introducir en nuestra vida, si de verdad queremos progresar.
- Y que el signo de identidad del cristiano es un amor visible y tangible.

(D)

Pocas veces se habrá hablado tanto del amor y se habrá falseado al mismo tiempo, tanto su contenido más hondo y humano, como hoy.

Hay revistas de amor, canciones de amor, películas de amor, citas de amor, cartas de amor, técnicas para “hacer el amor”...

Pero ¿qué es el amor? ¿Cómo se vive y se alimenta el amor?

Cualquier observador sereno de nuestra sociedad, sabe que tantas cosas a las que se llama hoy “amor”, no son, en realidad, sino otras tantas formas de desintegrar el verdadero amor.

Hay quienes llaman “amor”, al contacto fugaz y trivial de dos personas que se “disfrutan” mutuamente vacías de ternura, afecto y mutua entrega.

Para otros, “amor” no es sino una hábil manera de someter a otro a sus intereses ocultos y sus satisfacciones egoístas.

No pocos creen vivir el amor cuando sólo buscan, en realidad, un refugio y un remedio para una sensación de soledad que, de otro modo, les resultaría insoportable.

Bastantes, creen encontrar el amor en una relación satisfactoria donde la mutua tolerancia y el intercambio de satisfacciones, los une, frente a un mundo hostil y amenazador.

Pero, en esta sociedad, donde se corre con frecuencia tras ese ideal, del hombre bien alimentado, bien vestido, sexualmente satisfecho y con posibilidad de divertirse intensamente, son ya bastantes los que experimentan la fina observación de St. Exupéry: “los hombres compran cosas hechas en los mercados. Pero como en los mercados de venta no existen amigos, los hombres no tienen amigos”.

Es, en esta sociedad, donde los creyentes hemos de escuchar la actualidad de las palabras de Jesús. “Os doy un mandamiento nuevo: que os améis unos a otros como yo os he amado. La señal por la que conocerán que sois discípulos míos, será que os amáis unos a otros”.

Los cristianos estamos llamados a distinguirnos, no por un saber particular, por una doctrina, ni por una observancia de unos ritos o unas leyes. Nuestra verdadera identidad y distintivo se basa en nuestro modo de amar.

Y, al cristiano, en el pueblo no se le conoce sólo porque venga a la Iglesia o rece mucho..., que eso también es importante; al cristiano se le conoce en casa, por su comprensión, porque es cariñoso... Al cristiano se le conoce en el pueblo porque es un buen vecino... que vive pendiente de los demás, dispuesto a echar una mano a quien haga falta.

Un ser que procura no encerrarse en su propio bienestar y abre las puertas de su corazón y de su vida a los problemas y necesidades de los demás.

La casa de un buen cristiano en el pueblo, es aquella donde uno va siempre confiado en que será recibido, acogido y escuchado.

Se nos tiene que conocer por nuestro estilo de amar, que ha de tener como criterio y punto de referencia el modo de amar de Jesús.

Un amor, por tanto, desinteresado, que sabe acoger y ponerse al servicio del otro, sin límites ni discriminaciones. Un amor que

sabe afirmar la vida, el crecimiento, la libertad y la felicidad de los demás.

Esta es la tarea gozosa del creyente, en esta sociedad, donde se falsifica tanto el amor. Desarrollar nuestra capacidad de amar, siguiendo el estilo de Jesús.

El que se adentre por este camino descubrirá, que sólo el amor hace que la vida merezca la pena ser vivida y que sólo desde el verdadero amor, es posible experimentar la gran alegría de vivir.

(E)

Todos tenemos nuestro Carné de identidad. Incluso el Carné de miembros de un Club. También como cristianos llevamos nuestro Carné: El Carné que define e identifica al cristiano es, según Jesús:

“si os amáis unos a otros, como yo os he amado”.

“La señal por la que conocerán todos que sois discípulos míos será que os amáis unos a otros”.

Con frecuencia llevamos demasiados signos creyendo que con ellos ya nos reconocen como cristianos. No es que estén mal esos signos: medallas, escapularios, cruces etc. Todos ellos son maneras de expresar nuestra pertenencia religiosa. Pero esos signos serán vacíos, si no mostramos lo que verdaderamente nos identifica: “si amo a mis hermanos, si amo a mi prójimo”. Jesús no patentó signo alguno. Jesús lo único que patentó fue “el amor a los demás”.

Por eso: Decir que soy cristiano, pero no amo a los demás, es una mentira.

Participar en la misa dominical, pero luego salir y no amar a los demás, es un engaño.

Confesarme, pero no perdonar y no amar a los demás, es una mentira y una hipocresía.

Rezar, pero no amar, es decir palabras vacías de vida.

El cristiano está llamado a ser el testigo de Jesús y está llamado a darlo a conocer a los hombres. Pero el verdadero camino que

Jesús nos presenta para que los demás crean en él y sientan que somos sus discípulos es si “nos amamos”.

La gran filosofía del cristiano es amar.

Y esto no es una exigencia de la Iglesia. Al contrario, es una exigencia también para la Iglesia. Si la Cruz es la señal del cristiano, es precisamente porque en la Cruz se revela como Dios ama, hasta las últimas consecuencias y ama a todos, hasta a sus propios enemigos.

La Iglesia necesita emitir señales de Dios al mundo. Tiene que ser una Iglesia que ama, no una Iglesia que condena.

El cristiano tiene que emitir señales de Dios a los hombres. Por eso tiene que ser un cristiano que ama. El cristiano tiene que emitir señales de su identidad. “En esto conocerán que sois discípulos míos”. Por eso tiene que ser un cristiano que ama, que se revela en el amor a los demás. Este es su único mandamiento.

Y este es el gran reto para cuantos nos decimos cristianos, creyentes y seguidores de Jesús. Solemos decir: “atrévete a creer”. Pero tendríamos que decir también ¿y te atreves a amar? ¿Te atreverías a amar? Piénsalo bien. El amor es paciente y lo excusa todo. ¿Cuánta capacidad tienes tú hoy de aguantar a los demás y disculparlos en sus debilidades y flaquezas? Porque amar a los demás, es excusarlos y comprenderlos en sus equivocaciones. ¿Te atreves a amar así hoy?

¿Te atreverías a amar? Piénsalo bien. El amor no es envidioso. Al contrario, goza y celebra todo lo bueno que descubre en los demás. ¿Estarías tú dispuesto hoy a hacer fiesta en tu corazón por las cosas buenas que descubres en los demás, por lo que tú no tienes y tienen los demás? ¿Te atreves a amar así hoy?

¿Te atreves a amar? Piénsalo bien. El amor no se engríe. El que ama no es un creído, un autosuficiente. Al contrario, el que ama es humilde, sencillo y noble. Es vidrio transparente. ¿Te animas a ser transparente hoy con todos, comenzando por ser transparente contigo mismo? ¿Te atreves a amar así hoy?

¿Te atreves a amar? Piénsalo bien. El amor es servicial. El que ama tiene que estar siempre al servicio de los demás. Quien no

sabe servir no ha aprendido a amar. Quien no es capaz de servir, no es capaz de amar. ¿Cuál es tu espíritu de servicio hasta hoy? ¿Y qué reservas de servicialidad hay en ti aún? ¿Te atreves a amar así hoy?

¿Te atreves a amar? Piénsalo bien. El amor no busca su propio interés. Quien ama por intereses personales ya no ama. Busca hacer inversiones en el corazón de los demás. Y eso más que amor se llama negocio. Amar no puede ser un negocio sino una gratuidad. ¿Te atreves a amar así hoy?

¿Te atreves a amar? Piénsalo bien. El amor no se irrita. No se encoleriza. No se le calienta la cabeza. Al contrario, el amor es paciente, sereno y tranquilo. El corazón que ama tiene más la serenidad del lago que la violencia de las aguas torrenciales del río. ¿Estarías dispuesto a no calentarte hoy con los tuyos, por más que las cosas no te salgan bien o los demás te fallen? ¿Te atreves a amar así hoy?

Ah, y no te olvides que amar en cristiano es “amar como yo os he amado”. Es decir, hasta dar la vida por los demás.

P. Juan Jáuregui Castelo